La generación de las vacaciones: cuando el futuro se vuelve demasiado caro

No es que los jóvenes hayan dejado de querer una casa, estabilidad o hijos. Para muchos, esos proyectos se alejaron tanto que una experiencia, un viaje o una meta de corto plazo parecen hoy bastante más alcanzables.

Arturo Storaker Molina
Presidente Regional UDI Magallanes | 4 de noviembre de 2026

Durante mucho tiempo existió una secuencia que parecía razonablemente posible: estudiar, trabajar, independizarse, comprar una vivienda y formar una familia. Nunca fue una ruta automática ni igual para todos, pero estaba instalada la idea de que, con esfuerzo y tiempo, esos objetivos podían alcanzarse. Para una parte importante de los jóvenes chilenos esa expectativa se debilitó.

Los datos permiten entender por qué. Un estudio del mercado inmobiliario mostró que en 2010 el 53% de los menores de 35 años accedía a una vivienda propia; en 2026 la proporción cayó a 23%. En paralelo, Chile registró en 2025 una tasa global de fecundidad de 0,99 hijos por mujer, por primera vez bajo un hijo en promedio. Ese mismo año nacieron 146.446 personas, un 46,9% menos que en 1993.

En los últimos meses apareció una pequeña señal distinta: los nacimientos aumentaron 1,7% interanual en junio y 3% en julio de 2026. Es positivo, pero sería apresurado interpretarlo como un cambio de tendencia. Tres décadas de caída demográfica no se revierten con dos meses. Sí sirve para recordar que detrás de las estadísticas existen decisiones personales que responden a condiciones económicas, laborales y culturales que pueden cambiar.

Por eso resulta interesante la expresión “generación de las vacaciones”. Jóvenes que postergan la casa y los hijos, pero ahorran para viajar, asistir a un concierto o vivir experiencias. La descripción puede sonar frívola si se observa desde fuera. Sin embargo, un viaje puede costar algunos meses de ahorro; una vivienda exige décadas de endeudamiento. Una experiencia se puede planificar con cierta certeza; criar un hijo compromete ingresos, tiempo, vivienda, cuidados y estabilidad durante muchos años.

No es falta de responsabilidad: es cambio de escala

El costo de criar ayuda a dimensionar la diferencia. La Canasta de Crianza elaborada con apoyo de UNICEF estimó un costo promedio cercano a $595 mil mensuales por niño, considerando bienes, servicios y el valor del tiempo de cuidado no remunerado. Para un menor de un año, el costo estimado era incluso superior a $735 mil mensuales.

Naturalmente, ninguna familia hace esta cuenta con una calculadora antes de decidir tener un hijo. La vida no funciona así. Pero esas cifras reflejan presiones reales: alimentación, vestuario, vivienda, salud, educación, transporte y, sobre todo, tiempo. Cuando ambos padres trabajan, el cuidado necesita organización. Cuando uno reduce su jornada o deja temporalmente el empleo, el costo aparece en el ingreso familiar.

El mercado laboral tampoco entrega hoy demasiada tranquilidad. La tasa de desocupación nacional alcanzó 9,8% en el trimestre julio-septiembre de 2026 y la ocupación informal llegó a 26,4%. Es difícil pedir proyectos de vida a veinte o treinta años cuando una parte de la población joven no sabe con certeza cuál será su situación laboral el próximo año.

Eso no significa que toda postergación de la maternidad o paternidad sea económica. Existen cambios culturales profundos, mayor autonomía de las mujeres, más años de educación, acceso a anticonceptivos y personas que legítimamente no desean tener hijos. Reducir la natalidad sólo al precio de una casa sería tan equivocado como ignorar completamente la dimensión material.

Magallanes tiene una razón adicional para mirar el fenómeno

La Región de Magallanes registró en 2024 una tasa global de fecundidad de 0,93 hijos por mujer, por debajo del promedio nacional de 1,03 de ese año. Para un territorio extenso, con baja densidad y enormes desafíos de poblamiento, la cifra tiene consecuencias que van mucho más allá de la estadística.

Una región necesita jóvenes para sostener colegios, empresas, servicios públicos, comercio, comunidades rurales y presencia efectiva en sus territorios. Retener población joven es también una política de desarrollo y, en nuestro caso, de carácter estratégico.

Pero quedarse en Magallanes tiene costos particulares. La vivienda es cara, la oferta de determinados servicios es menor y muchas redes familiares están repartidas entre regiones. Una pareja joven puede tener trabajo, pero no necesariamente cuenta con abuelos o familiares disponibles para ayudar con los cuidados. Y cuando todo debe comprarse o contratarse, formar familia se vuelve más exigente.

Por eso la política regional no puede limitarse a celebrar que lleguen nuevos habitantes. También debe preguntarse qué condiciones existen para que quienes crecieron aquí quieran y puedan quedarse.

No se puede ordenar a una generación que tenga hijos

Las políticas demográficas fracasan cuando se convierten en sermones. Nadie debe tener hijos para mejorar una tasa nacional. La decisión pertenece a cada persona y a cada familia. El Estado tiene una tarea distinta: evitar que quien sí quiere formar una familia deba renunciar a ese proyecto porque la vivienda, los cuidados o la inestabilidad laboral lo vuelven inviable.

Eso exige políticas menos fragmentadas. Vivienda accesible sin empleo estable no basta. Sala cuna sin horarios laborales compatibles tampoco. Un subsidio aislado ayuda, pero no reemplaza una trayectoria predecible de ingresos. La decisión de tener hijos se construye sobre una percepción general de seguridad respecto del futuro.

También obliga a mirar el diseño de nuestras ciudades. Barrios con servicios cercanos, transporte, espacios públicos y establecimientos educacionales reducen el costo cotidiano de criar. Una familia que debe recorrer la ciudad varias veces al día para resolver necesidades básicas paga esa mala planificación en tiempo y dinero.

Quizás el problema no sea la generación

Cuando una persona joven compra un pasaje antes que ahorrar durante años para un pie, es fácil concluir que cambiaron las prioridades. Probablemente es cierto. Pero vale la pena preguntarse cuánto de ese cambio fue elegido y cuánto fue respuesta a un entorno que hizo que las antiguas metas se alejaran.

La expresión “generación de las vacaciones” puede ser útil si no la utilizamos para burlarnos de los jóvenes. Puede describir una sociedad donde las metas de corto plazo se volvieron más racionales porque las de largo plazo se hicieron demasiado caras.

Chile necesita recuperar una idea sencilla: que estudiar, trabajar y ahorrar permita avanzar. No garantiza una casa ni obliga a tener hijos, pero debería ofrecer una ruta razonable para quien quiera hacerlo.

Y en Magallanes el desafío es todavía más concreto: si queremos una región joven, poblada y con futuro, debemos hacer que quedarse, independizarse y formar un hogar vuelva a ser una posibilidad alcanzable. Mientras eso no ocurra, no debiera sorprendernos que muchos prefieran comprar un pasaje antes que comprometerse con una deuda a treinta años.